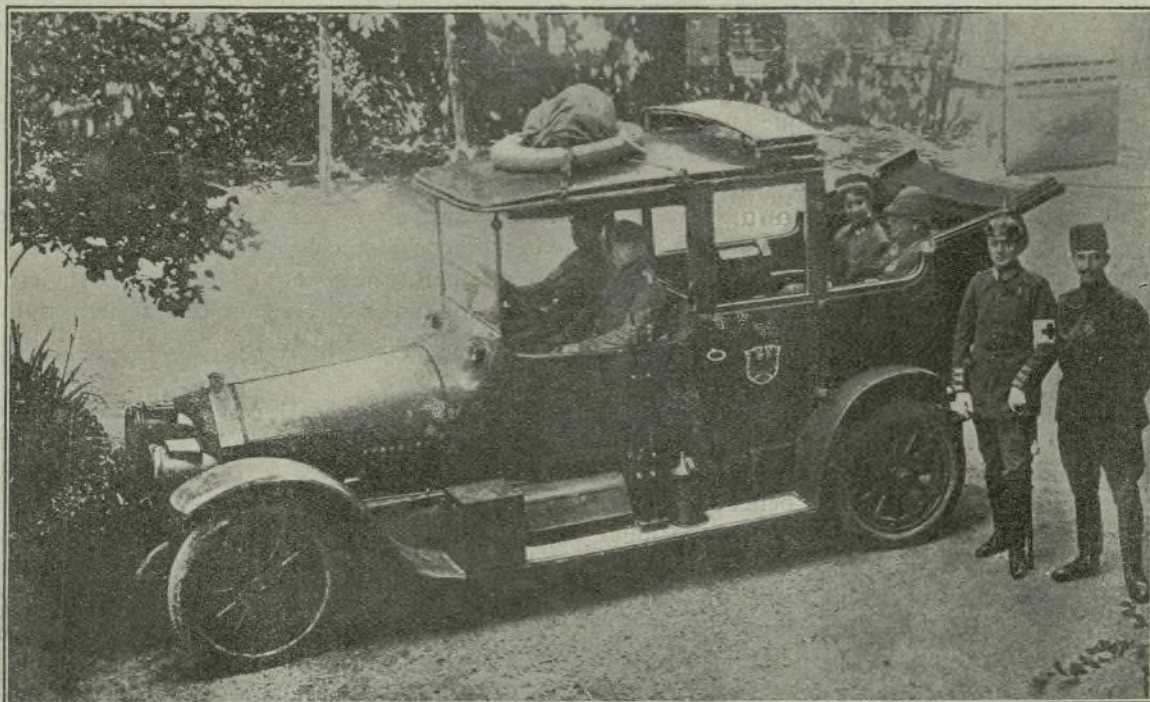


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 114 — BARCELONA 27 DE JUNIO DE 1916



El mariscal alemán von der Goltz dirigiéndose al frente de Mesopotamia, donde le sorprendió la muerte

## CRONICA INTERNACIONAL

I. La muerte de Kitchener.—II. La opinión italiana.—III. El último discurso del Canciller alemán.—IV. Grecia

### I.—La muerte de Kitchener

Era Kitchener, por sus elevados prestigios y su carácter indomable, la figura más saliente y la menos discutida—aunque también conoció las amarguras de la crítica—del Gabinete inglés. Desde su juventud demostró su aversión a Alemania. Acababa de cumplir los veinte años cuando se alistó en las filas francesas para pelear contra los alemanes, allá en el año 1870. Hombre de temple fuerte y consciente de su valer, acaso las victorias del invasor sobre el ejército de que Kitchener formaba parte, encendieron en su pecho el deseo vehemente, que al fin se realizó, de ponerse a la cabeza de una fuerza poderosa y dirigirla, vengando la derrota recibida. Como quiera, Kitchener era el más formidable enemigo de Alemania. Con su entereza, su saber y su carácter frío, adusto y acostumbrado al mando, se imponía a todos, lo mismo en la Cámara de los Lores que fuera de ella. Hasta los mejores oradores de la oposición se sentían cohibidos en presencia de un hombre que sabía más que ellos, que trabajaba más que nadie y que abrigaba absoluta confianza en la victoria. El partido de la paz no se atrevía con él;

sus detractores tenían que rendir justicia a sus eminentes cualidades. Como organizador insuperable era único y no se veía quién pudiera sucederle en el cargo. Sin embargo, la trágica muerte del ministro ha obligado a resolver un problema, que nadie creía podía presentarse.

A diferencia de otros ministros técnicos, Kitchener era un factor con el que había de contarse en primer término, tanto para continuar la guerra como para firmar la paz. No se hubiera llegado jamás a ésta con el veto de aquel, porque Kitchener no sólo tenía gran ascendiente sobre sus colegas británicos, sino también sobre los hombres de gobierno de los demás países aliados. Esta es una de las ventajas de quien labora mucho; habla poco, algo menos de lo indispensable; conoce al dedillo todos los asuntos a su cargo; obra pronto; asume las responsabilidades; y cree que la guerra es acción y no gárrula palabrería o habilidad casuística.

La muerte del famoso caudillo es, pues, un acontecimiento de trascendencia internacional; su falta se dejará sentir pronto, no en las manifestaciones y actos externos del Gabinete inglés, pero sí en aquellas gestiones y acuerdos de que depende la proxi-



midad de la paz. En este concepto, el fallecimiento de Kitchener representa una verdadera crisis en los Gobiernos de Francia e Inglaterra. Conocedor como pocos de las cuestiones orientales y africanas, no es fácil que se encuentre una mano tan firme para empuñar el timón de los asuntos egipcios e indostánicos, vitalísimos para el Imperio. El alma del Gabinete británico ha desaparecido; desde el primer ministro al último de sus colegas, todos se dejaban guiar por la voluntad de Kitchener, único ministro elevado a su puesto por la voluntad unánime de su pueblo. No es posible que nadie le substituya sin que se haga notar el cambio, que seguramente ha de repercutir en las demás cancillerías de los beligerantes y ha de influir más de lo que se cree en los acontecimientos que nos reserva el porvenir.

## II.—La opinión italiana.

El latigazo de los austriacos en el Trentino ha conmovido los sentimientos italianos y ha puesto al descubierto lo que ya se sabía; hay allí un gran núcleo de opinión opuesto a la guerra. Una alianza de treinta años, a cuya sombra se han obtenido grandes ventajas, crea demasiados intereses y amistades, para que de buenas a primeras el afecto se trueque en odio y se persuadan todos de los beneficios de un cambio radicalísimo en la política internacional, cambio cuyas primeras consecuencias son el derramamiento de torrentes de sangre y el gasto de capitales que hay que pedir al crédito. En el parlamento y en no pocas ciudades se ha manifestado este estado de opinión.

El fracaso de la ofensiva italiana no ha podido ser ocultado a un pueblo tan despierto. No se combate un año entero por conquistar algunas docenas de montes, los más de los cuales se pierden, con más un buen pedazo de territorio, al primer empuje de los austriacos. Podía Italia haber gozado en paz del Trentino y el valle del Isonzo, ofrecido por Austria-Hungría, y en vez de contentarse con esa adquisición incruenta, se lanzó a lo que ya todos en la península califican de aventura y muchos de locura. No es extraño que aires de fronda comiencen a agitar a la muchedumbre. Al pueblo francés, haciéndole creer que ha sido atacado, se le mantiene dócil y paciente; su condición de invadido y las propagandas de desquite durante cuarenta y cuatro años, se prestan a que la opinión lo soporte todo; pero el caso de Italia es otro, porque ella ha sido la agresora espontánea, sin mediar provocación, amenaza o insulto. Francia podrá decir que la guerra le ha sido impuesta, que son inevitables sus sacrificios y que si al cabo es vencida ella no ha buscado el desastre; mientras que Italia ha corrido confiada al palenque y sólo a sí misma debe culpar de lo que le suceda.

Si por tan poco motivo, puesto que no se trata de un golpe decisivo ni irreparable, la opinión italiana da señales de descontento y malestar, ¿qué sucederá si los austriacos aprietan más y la fortuna les favorece? el ejemplo de Francia en 1870-71 debe de turbar el sueño de los gobernantes italianos. Una conmoción interior acarrearía las consecuencias más graves para el porvenir del reino y su situación en el concierto europeo. Desataron la tempestad, y ya

se sabe que no hay quien guíe ni ponga freno al huracán. Estamos todavía lejos de que tal cosa suceda; con todo, el aviso es saludable y sólo una ceguera incomprensible puede dejar de verlo.

Giolitti, tan calumniado, rotorna a la popularidad. No quiere salir de su ostracismo voluntario, por no crear dificultades a su patria, pero tal vez los sucesos le llamen a un puesto activo y sea una solución en momentos difíciles.

Si en Austria-Hungría había dudas sobre el estado de la opinión en Italia, habrán desaparecido ya; la doble monarquía sabe que si Rusia es un cuerpo sin pulso, una masa inmovible, en cambio Italia es un punto vulnerable; de esto a decidir sobre quién van a recaer los golpes futuros, poco hay que andar. Malos trances esperan a los italianos, si Dios no les ampara; ni el consuelo tendrán de que les acompañen las simpatías de sus aliados, cuya actitud de desvío y desconsideración no es la herida menos sensible que han recibido aquellos. Los beneficios de la paz, como los de la salud, no se aprecian en lo que valen hasta que se pierden.

## III.—El último discurso del Canciller alemán

En el discurso pronunciado por el Canciller Herr von Bethmann Hollveg, el día 4, antes de que se suspendieran las sesiones del Reichstag, dedicó largos párrafos, impregnados de vibrante indignación, a rebatir las imputaciones calumniosas que se le habían dirigido en folletos anónimos. Aparte de estos períodos de su peroración, las declaraciones más importantes que hizo fueron tres: 1.º sobre la paz; 2.º su actitud hacia Inglaterra; 3.º lucha hasta el fin.

1.º la paz: «Hace seis meses, el 9 de diciembre, discutiendo nuestra situación militar, hablé aquí por primera vez de que estábamos dispuestos a la paz. Y pude hacerlo, con la confianza de que nuestra situación continuaría mejorando. Los sucesos han confirmado esta presunción. Hemos obtenido ventajas en todos los frentes; somos más fuertes que antes. Si, con estos hechos ante mi vista, declaré que estábamos prontos a la paz, no he de arrepentirme de mi declaración, aunque nuestra oferta no mereció contestación de parte de nuestros enemigos.

»En los días críticos de julio de 1914, fué deber de todos los hombres de Estado responsables, ante su país y su conciencia, no perdonar ningún medio que pudiera mantener la paz con honor. También deseamos nosotros, después de la derrota de nuestros enemigos, no omitir nada que acortase los terribles sufrimientos de los pueblos de Europa sujetos a este conflicto. Dije a un periodista americano que las negociaciones de paz sólo podían dar resultado, si se inspiraban los hombres de Estado de las potencias beligerantes en el estado real de la guerra, tal como se deducía del mapa. Esta proposición fué rechazada por el bando contrario. No querían reconocer el mapa de la guerra, porque esperaban que ésta se resolviera a su favor, cuando es lo cierto que aún se ha puesto más de nuestro lado. (Aplausos). Hemos añadido a nuestras ventajas la rendición del ejército británico en Kut-el-Amara, las derrotas, con tremendas pérdidas, de los franceses en Verdun, el fracaso de la ofensiva rusa en marzo, el poderoso avance de



nuestros aliados en Italia, el refuerzo de nuestras líneas ante Salónica, y ahora acabamos de recibir noticias de la batalla naval de Jutlandia, que alegran y levantan nuestros corazones. (Grandes aplausos). Esto es lo que muestra el mapa de la guerra. Si nuestros varios enemigos desean todavía cerrar sus ojos, entonces deberemos y queremos combatir hasta la victoria final. Nosotros no podemos abrir el camino de la paz si nuestros enemigos la rechazan. Por consiguiente, toda nueva alusión a la paz que iniciemos será vana, y acaso peligrosa».

2.º La actitud respecto a Inglaterra: «Francia y Rusia estaban ligadas por una estrecha alianza. Había un fuerte partido de venganza en Rusia, una masa influyente que se inclinaba hacia la guerra. Francia y Rusia sólo podían ser tenidas en jaque si perdían la esperanza en Inglaterra; entonces, no se hubieran aventurado a la guerra.

«Si yo había de trabajar contra la guerra, forzadamente tenía que procurar estrechar la amistad con Inglaterra. Esto habría aquietado a los partidos belicosos de Francia y Rusia. Realicé esa tentativa frente a una política inglesa de envolvimiento, hostil a Alemania, que ya me era conocida. A pesar de que no tuve éxito, no me avergüenzo de ello. Quienquiera que, después de haber presenciado casi dos años de guerra mundial, con sus hecatombes de vidas humanas, trate de reprochar mi acción como un crimen, tendrá que responder de su acusación ante Dios. (Un movimiento de honda sensación estremeció a la Cámara). Espero mi sentencia tranquilamente. (Grandes aplausos)».

3.º Lucha hasta el fin: «Nuestros enemigos desean ir hasta el fin. Nosotros no tememos ni a la muerte ni al demonio, ni al diablo del hambre que desean desatar en nuestro país. Los hombres que pelean ante Verdun, que combaten a las órdenes de Hindenburg, nuestros altivos marinos que acaban de demostrar a Albión que las ratas saben morder (aplausos), están educados de tal modo que nada les importan las privaciones. Sí, tenemos privaciones. Lo digo con toda tranquilidad, abiertamente, hasta a las naciones extranjeras; pero poseemos con qué soportarlas. También hemos realizado progresos en esta otra clase de lucha. El clemente cielo nos ha favorecido con una gran cosecha. Será todavía mejor que la del año pasado. Si nuestros enemigos cuentan con nuestras dificultades económicas, recibirán un nuevo desengaño. Otro de sus cálculos se ha desmoronado por las proezas de nuestra joven marina, el 1.º de junio. Esta victoria no nos tornará jactanciosos. Sabemos que Inglaterra todavía no ha sido batida, pero ello es un testimonio del futuro, de que Alemania también conquistará en el mar plena igualdad de derechos, y que, tanto ella como los pueblos pequeños, obtendrán la libre libertad de las rutas marítimas, ahora cerradas por la dominación inglesa. Este es el brillante faro, henchido de promesas, que se ha encendido el 1.º de junio. (Grandes y prolongados aplausos. Toda la Cámara se pone en pie. El Canciller imperial tiene que dar las gracias repetidas veces)».

El Parlamento alemán ha aplazado sus sesiones hasta mediados de septiembre. Este hecho, y el tono resuelto y enérgico del Canciller hacen creer que este verano aumentará la actividad de la guerra, y

que en septiembre se registrarán notables cambios en la situación.

#### IV.—Grecia

La infeliz Grecia está padeciendo más cada día el furor impotente de Inglaterra y Francia. El general Sarraïl ha declarado el estado de guerra en toda la Macedonia griega; se ha sometido al pequeño reino a un verdadero bloqueo marítimo; el rey y el Gobierno se preparan a ponerse en condiciones de seguridad contra un posible golpe de Estado provocado por el exterior; y bajo la presión irresistible de los aliados, se ha dictado la desmovilización de gran parte del ejército. Antes que pelear al lado de Inglaterra y Francia, Grecia prefiere sufrir con paciencia todos los atropellos. No se arrepentirá, es indudable. No es la violación de la neutralidad de Grecia el pecado de que son culpables los aliados, sino otro mucho peor, porque no se trata ya de ocupar ni hacer uso del territorio ajeno, sino molestar, zaherir, obligar al neutral a que declare la guerra a los imperiales, bloquearle, tasarle los víveres y el carbón, arrebatarle islas y puertos, en nombre de la santa libertad. Ese poderío, ese afán de imposición y mando que demuestran los franceses e ingleses sobre la inerte y débil Grecia ¿por qué no lo ensayan contra los adversarios? Bien cerca están de Salónica para que, sin necesidad de cansarse mucho, hagan la prueba. Al enemigo armado, que está al alcance de la mano, se le respeta; al neutral que no puede valerse, se le oprime. ¡Qué juicio tan bochornoso para los aliados inspiran al mundo ambos hechos!

La crisis italiana merece un espacio de que no podemos disponer en este cuaderno. Quede para el siguiente.

F. LARIN.

#### AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

**Boehm-Ermolli.—En Lemberg.—La reconquista de Galizia narrada por el general doctor Bardolf, jefe de Estado Mayor del general Boehm-Ermolli (II Ejército austro-húngaro).—Batalla de Gorlice-Tarnow**

#### XIV

A la hora convenida nos encontramos en el lugar de la cita con el Mayor, quien nos conduce al palacio donde se aloja el jefe del II Ejército Boehm-Ermolli. Frente al edificio de estilo renacimiento hacen la guardia soldados de la legión polaca, quienes, con sus sendas gorras cuadriláteras, semejantes a angulosos bonetes de diáconos, parecen formar parte esencial de la fachada.

A este mismo palacio descendió hace dos meses el Zar de las Rusias con la firme intención de no dejarlo salir más de su poder. Desde ese balcón central lanzó su proclama radiante de amor para su nuevo pueblo, para la última de las Rusias, la «roja», de efímera subordinación bajo su cetro imperial.

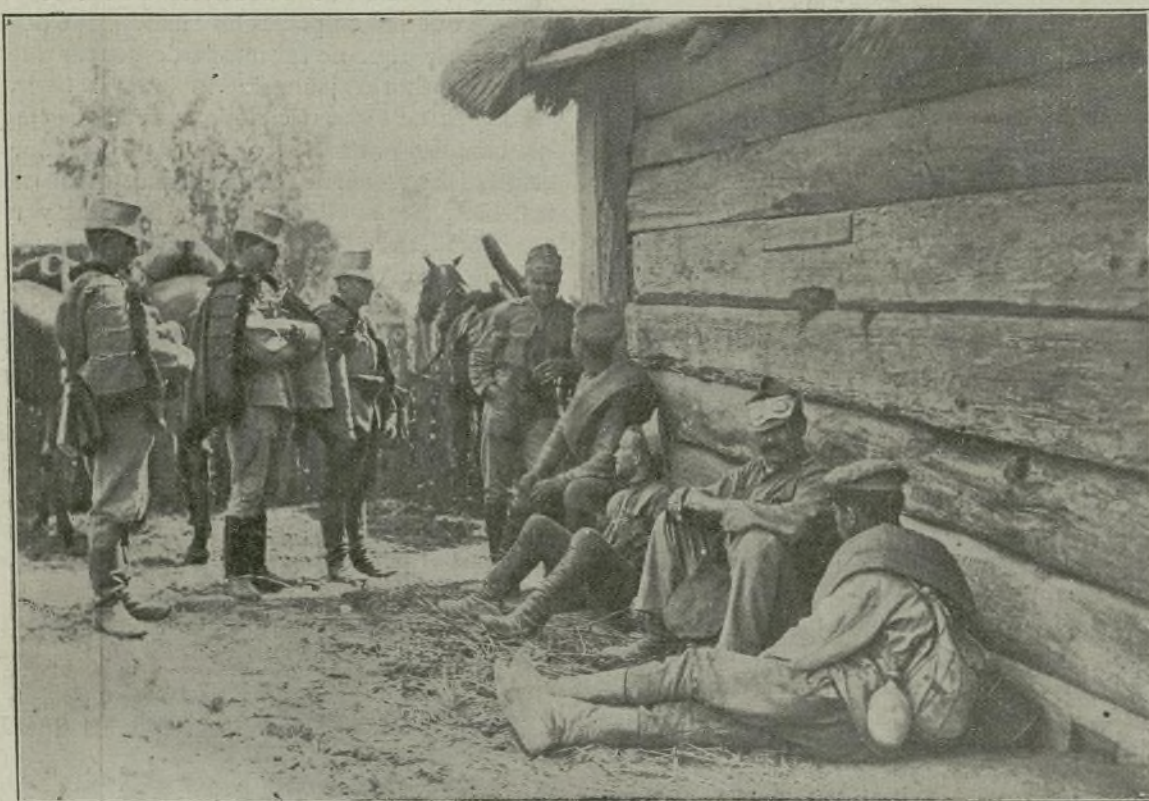
El jefe del Estado Mayor del II Ejército, general Dr. Bardolf sale a nuestro encuentro, con lo cual se



simplifican todas las formalidades indispensables para el ingreso en aquellas oficinas. Anuncian al general Boehm-Ermolli, por quien somos recibidos sin tardar. La presentación es sencilla y rápida.

Boehm-Ermolli es pujante de estatura, robusto sin ser corpulento, recio, arrogante, endurecido por la vida activa y bajo la acción del sol y el viento que le han tostado la piel. Su mirada es enérgica, dominante a la vez que serena, ceñuda quizás. El ceño fruncido parece encogerse forzado bajo el peso interno de la conciencia de la responsabilidad en la tarea que se organiza allí dentro. Boehm-Ermolli, hace, ante todo, la impresión saludable de un hombre honrado, de robustez corporal e intelectual que se equilibran. Amable sin exquisitez ni eufemismo, cruza con cada uno de nosotros algunas palabras. Señalando al jefe de su Estado Mayor, nos asegura

«Observado que hubieron los altos jefes de nuestros ejércitos, cómo la fuerza impulsiva de los rusos empezaba a debilitarse en las luchas costosas de los Cárpatos, se decidieron a tomar de nuevo la ofensiva al empezar la estación favorable. La ofensiva debía verificarse en la parte Sur de la línea rusa, que entonces se extendía desde el mar Báltico hasta las fronteras de Rumanía, formando un gran arco convexo, adelantándose en Polonia y Galizia por el Nida, el Dunajec y el Biala para doblar en las alturas de los Cárpatos. Más al E. terminaba la línea sobre el Dniester y el Pruth abajo de Zaleszczyki y Czernovitz, sector reconquistado en febrero y que se avanzaba ya amenazador en las fronteras enemigas. En esta última sección del frente temían los rusos una ofensiva, puesto que la que lograra romper sus líneas les cortaría fácilmente las comunicaciones de



Húsares austriacos hablando con unos soldados rusos, a los que han hecho prisioneros

que éste nos facilitará en lo que cabe nuestra visita a la línea de fuego. Luego nos despide, invitándonos a comer en su compañía.

Como expresamos nuestro deseo de informarnos con precisión acerca de las operaciones últimas desde la ruptura del frente ruso en el Dunajec, el general Bardolf se ofrece de grado a darnos una conferencia al respecto, siempre que tengamos paciencia para esperar la caída de la tarde. A las siete p. m. debemos regresar.

A continuación procuramos recoger las partes esenciales de la admirable conferencia del general Bardolf, que serán seguramente de gran valor para los lectores de LA GUERRA EUROPEA, dado su origen fidedigno y la admirable imparcialidad de su autor.

Inc. ina éste un tanto su cuerpo atlético sobre una mesa en que descansa un mapa desplegado y habla haciendo pasear sus ojos claros por sobre los concurrentes que le rodean y sobre la carta.

sus tropas de Galizia con el país. Por este temor habían concentrado grandes masas de tropas en la región, al mismo tiempo que procuraban dar nuevo impulso a las luchas en los Cárpatos. Por este motivo fijóse la atención de los aliados en otra porción de la línea. De ahí que decidieran verificar el empuje desde el occidente, en especial la línea desde Dunajec hasta inmediatamente al Sur de donde se separa aquella del Biala. La dirección de avance indicábanla Biecz, Jaslo, Krosno. El objeto inmediato era amenazar al ejército ruso de los Cárpatos por las espaldas, comprometiendo asimismo sus comunicaciones de retaguardia.

La debilidad del frente ruso en esta parte había sido ya reconocida con anticipación por el Cuartel General austro-húngaro y aún había intentado a principios de marzo, valerse de ella. El poco éxito de esta primera ofensiva se debió a la escasez de efectivos con que se contó aquella vez.



Ahora se contaba con refuerzos alemanes, el ejército de Mackensen, y las probabilidades de éxito eran grandes.

Los ejércitos austro-húngaros se encontraban dispuestos en el orden siguiente:

El 4.º ejército, mandado por el Archiduque José Fernando, cubría la línea que va del Dunajec inferior, al Oeste del Biala y de Gorlice hasta el paso de Konieczna;

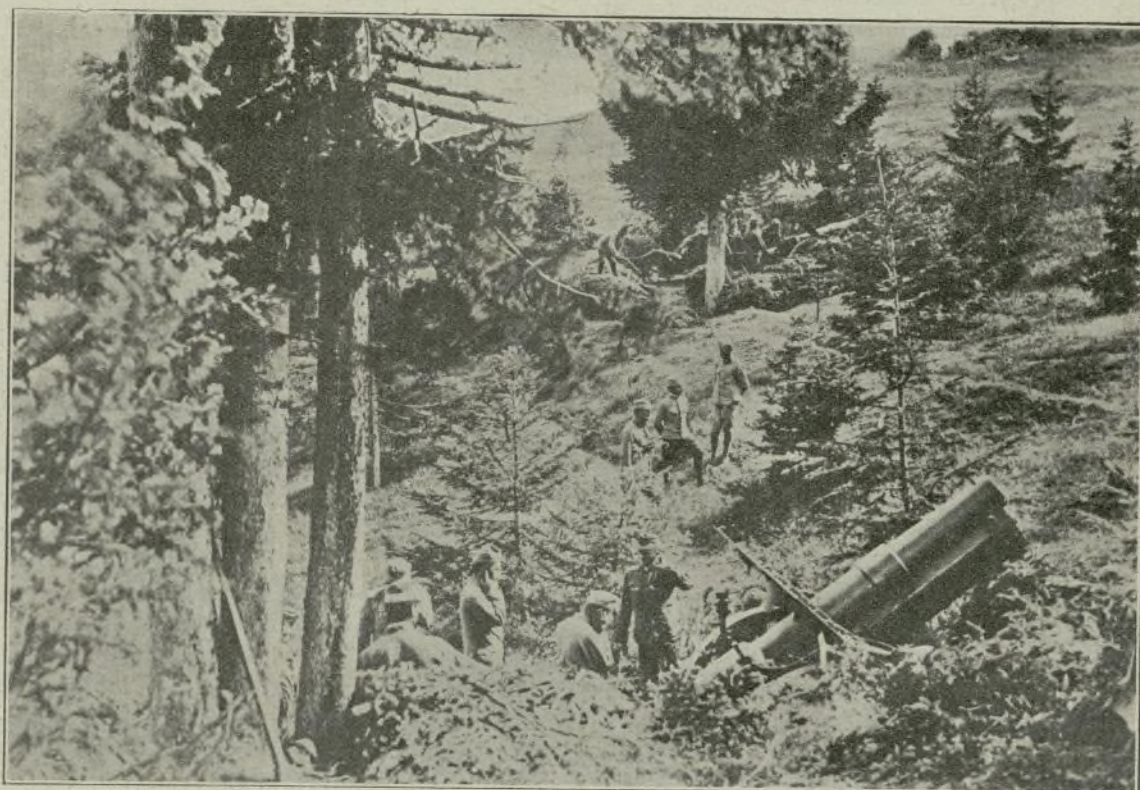
al Sur del paso de Dukla hasta el Este de la vía férrea que atraviesa los Cárpatos en el paso de Lupkow, al Sur de éste, mandaba el general de infantería Boroevich el III Ejército;

al Oriente del anterior, hasta la región del paso de Uszok, extendíase el II Ejército, bajo las órdenes del general de Caballería von Boehm-Ermolli;

### Ruptura del frente ruso en el Dunajec.— Batalla de Gorlice y Tarnow

Mientras el I Ejército, al N. del Vístula, los Ejércitos de los Cárpatos y el de Pflanzer-Baltin iniciaban una actividad aparente y ostensiva, engañando de esta manera al enemigo sobre nuestras verdaderas intenciones, se procedía en el sector determinado para la ofensiva verdadera a verificar todos los preparativos necesarios, sigilosa y encubiertamente. Baterías del mayor calibre encontraron su emplazamiento, las tropas se reunieron y ordenaron y las posiciones enemigas se reconocieron hasta en sus menores detalles escrupulosamente.

Estas consistían en tres líneas paralelas de trincheras, fortificadas y perfeccionadas en el largo tiem-



Obuses austriacos de 15 centímetros en el Tirol

enseguida se encontraba el ejército del Sur, de von Linsingen,

y el ejército del barón von Pflanzer-Baltin formaba en fin, la extrema ala derecha, que alcanzaba, como tengo dicho, hasta la frontera rumana.

Este orden fué roto antes de iniciar las operaciones, en tanto el cuerpo X del III Ejército se extendió en las faldas N. de los Cárpatos, que hasta aquí había ocupado el ala derecha del IV Ejército. Además se incorporó el cuerpo VI del IV Ejército al Ejército de von Mackensen, ya que en su radio de acción debía obrar éste.

\*\*\*

Para proceder con orden, vamos a dividir la campaña que va desde la ruptura en el Dunajec hasta la toma de Lemberg en tres partes: 1.º, la ruptura del frente ruso con las batallas que, como inmediata consecuencia, le siguen; 2.º, la toma de Przemysl y, 3.º, la toma de Lemberg, que apenas acaba de producirse.

po de su existencia. La actividad de las baterías empezó el día 1.º de mayo y se aumentó en intensidad el día 2, de tal manera, que las trincheras rusas se pudieron considerar el mismo día 2 como maduras para el asalto.

Con objeto de distraer las reservas rusas de la derecha del Vístula, emprendió el grupo de Ejército del teniente mariscal de campo von Stöger-Steiner el paso del Dunajec cerca de su desembocadura, lográndolo en la noche del día 2. La sorpresa tuvo un éxito completo, pues atrajo muy considerables fuerzas rusas hacia aquel punto.

Los puntos de empuje fueron dos. El uno entre el Dunajec y el Biala, el otro a ambos lados de Gorlice.

El primero era el más difícil, pues las posiciones rusas ocupaban las alturas dominantes de ese sector. El asalto de éstas pudo, sin embargo, verificarse el 3, con ayuda eficaz de la artillería. Los rusos lograron hacerse fuertes en la segunda línea de posiciones. Pero en este momento se ven amenazados por las co-



lumnas del ala derecha, cuyo avance fuera más rápido y tienen que desalojar sus posiciones. El día 6, por la mañana ocupamos Tarnow.

El ala derecha había andado con mayor felicidad. Al anoecer del día 2 logró asaltar las trincheras enemigas entre el Biala y Malastrov en la falda de los montes. Esta vez habían caído en nuestro poder las tres líneas de posiciones rusas. Después de este triunfo tuvieron nuestras tropas que romper la resistencia del adversario, el día 3 al P. de Biecz y en Bartne y en los días subsiguientes en las alturas al occidente de Jaslo y en las que están tras Bartne que alcanzan hasta 847 m.

Estos avances tuvieron eco en el Dunajec inferior donde Stöger-Steiner arrojó a los rusos de Olesno y Dabrova los días 6 y 7.

El centro del Ejército Mackensen alcanza al mismo tiempo Pilzno y lo toma, mientras más al S. el cuerpo XIV lograba derrotar en sangrienta lucha a las tropas rusas reunidas en la región de Drzostek. En Jaslo se batieron nada más las tropas de retaguardia de los rusos que se retiraban buscando el sector del Wislok. Un paso de éste adquirieron las tropas austriacas apoderándose de Krosno.

J. C. GUERRERO

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

¡Oh, el talento!

—¿Quién tiene más mérito, señor B, el Cid, ganando batallas después de muerto, o los críticos e intelectuales de exportación, que describen las palizas como victorias?

(El señor B).—Temprano asoma V. la oreja, don Subrio. Veamos qué es ello.

—Poca cosa. Respóndame V. con sinceridad. ¿Convendría a los ingleses que la escuadra alemana saliera a alta mar y se prestara al encuentro con la flota británica?

(El señor B).—¡Vaya una pregunta! No desean otra cosa.

—¿Cree V. que a Inglaterra le conviene evitar la salida de la escuadra alemana, o por el contrario anhela que se aleje de sus bases, para cortarle la retirada?

(El señor B).—Pero ¡hombre de Dios! si eso lo saben los chicos de la escuela.

—Los chicos, tal vez; pero los párvulos con ínfulas de doctor, no. Según ellos, la flota alemana se proponía, el 31 de mayo, bombardear las costas de Escocia, y la escuadra británica se lo impidió, alcanzando una victoria tan grande como la de Trafalgar. En vez de aprovechar la ocasión para librar una batalla decisiva, los ingleses cerraron el paso a su adversario, y éste fracasó en su empeño, porque no pudo liarse a cañonazos con un enemigo casi tres veces superior. Lo cual quiere decir en romance que los alemanes se han vuelto locos y los britanos idiotas. El ingenio se ha refugiado en climas más benignos.

(El señor B).—Cosas tenedes, don Subrio, que harán hablar las piedras.

—Son producto de los talentos que florecen en ciertos países neutrales. Exprimen su magín en es-

tos términos, y se quedan tan frescos. ¡Oh, el talento, qué cualidad tan admirable!

(El señor B).—No me dijo V. que no quería comentar la batalla naval?

—En lo que concierne a los ingleses, no; el comentario se refiere a los que son más papistas que el Papa. Los unos admiten la derrota, y los otros, cuyas costillas todavía no han peligrado, tratan de consolarlos diciéndoles sandeces; pero no hay quien resucite los barcos echados a pique; esos sí que no necesitan comentarios. Como tampoco los canadienses. ¡Pobres generales del Canadá! Ahora comprenderán la diferencia entre cazar pieles de animales polares y habérselas con alemanes. ¡Tan dichosos que vivían en su país, haberse arriesgado a defender el derecho en los campos de Flandes. La pica que han puesto les está costando cara.

(El señor B).—Y de la guerra ¿tiene V. noticias recientes, querido señor Escápula?

—¡Ah! ¿Pero hay guerra todavía? Creía que los aliados estaban en la victoria final.

(El señor A).—Más segura hoy que nunca; no lo negará V.

—Estos días los he pasado filosofando sobre la inestabilidad de las cosas humanas.

(El señor A).—¡Vaya un descubrimiento! ¡Hasta en eso está V. anticuado!

—Perdone V., señor A, que es la última palabra de la poderosa imaginación francesa y afrancesada. Tres meses se han llevado los plumíferos y críticos de doublé dando importancia al bosque de la Caillette, para quitársela y mofarse de él en un santiamén. El fuerte de Vaux era uno de los baluartes de Francia, y de la noche a la mañana se ha trocado en un montón informe de ruínas que no sirve para nada. Así todo. Mientras lo tenemos nosotros, es de un interés de primer orden; en cuanto se apodera de él el enemigo, ¡puah! ni siquiera vale la pena de citarlo. Esto es también otra de las obras maestras de los talentos modernos. ¡Oh! ¡El talento! No es mal parche el talento, para los neutrales; a las verdaderas víctimas, ni siquiera les sirve de consuelo.

(El señor A).—¿Querrá V. darnos a entender que el talento reside en determinada nación?

—Dónde reside, no lo sé, pero dónde no reside, sí, porque lo sabemos todos.

(El señor A).—¿En las cabezas de los generales austriacos? ¡No me haga V. reír, don Subrio!

—Aunque quisiera, no podría, ya sé que siente V. deseos de llorar. Llore V., llore V., no se dé vergüenza, que comprendemos perfectamente su lastimosa situación. Perniquebrado, manco, tuerto, con pocas costillas intactas, teniendo que respirar con la cabeza metida en una pestilente careta, tocados con un casco,... ¡desahóguese V., pobre señor A, y no se despoje del yelmo, porque aún le quedan a V. unos pocos cabellos y está presente el señor B!

(El señor A).—Cualquiera diría que los teutones han hecho grandes proezas.

—Ciertamente que no han ganado ninguna batalla del Marne, pero no hay quien les saque de los alojamientos extranjeros. ¡Si serán gorriones y mal educados!

(El señor A).—Vamos a ver ¿qué han hecho de particular los generales alemanes?

—Nada, irse a vivir a Francia y Rusia. Y como



también los generales franceses residen en Francia y en Rusia los rusos, todos están a la misma altura. ¿Le parece a V. bien?

(El señor A).—Cuatro meses atacando a Verdun, y la plaza tan firme como siempre...

—Pero, avanzan. Y ustedes ¿han progresado mucho? También estuvieron ustedes ocho meses en Gallípoli, para ejecutar una inmortal retirada. Sobre todo ¿por qué no hacen ustedes lo mismo que los alemanes? Estos pegan, avanzan y... fracasan; los de la acera de enfrente retroceden, aguantan mecha y... esperan la victoria final, que les llegará el día del juicio final y les encontrará en el valle de Josafat, porque pronto no quedará títere con cabeza.

(El señor B).—No lo entiende V. Para triunfar, los alemanes necesitan destruir a nuestros ejércitos, mientras que a nosotros nos basta con retroceder poco a poco.

—Pues, por eso que no lo entiendo me pasma tanto el talento de las personas más ilustradas que yo. Cada día nos cuentan los errores y fracasos de Alemania; paso enseguida la vista por un mapa y me hago un lío, un mar de confusiones. ¡Quién tuviera talento!

(El señor A).—No es cuestión de mapas, ni mucho menos!

—Lo sospecho: es cuestión de derecho, libertad... y de algo más positivo. Lo que puede el garbanzo, o la estrategia a cuartillo de real la entrega.

(El señor A).—Que siempre será mejor que la de los austro-húngaros, inocente y pueril.

—¡Tan inocente! Posiciones que los italianos ocuparon tras una lucha tenaz y sangrienta de once meses, fueron reconquistadas en once horas; es claro que la retirada fué también inmortal y que hasta los picos de los Alpes están pasmados de contemplar tanto talento.

(El señor B).—Repito que no lo entiende V. ¿Para qué querían los italianos unas posiciones que no servían para nada, ni tenían ningún valor militar? ¿Iban a sacrificarse por ellas?

—Es lo que me pregunto. ¿Por qué derramaron tanta sangre y gastaron tanto dinero y ejecutaron tan colosales esfuerzos, si la cosa no valía un comino? Sin duda, el correr cuesta abajo o el sentir que le den a uno en los nudillos, debe de ser una sensación muy agradable; sobre todo si se pierde un ojo, que es lo único que le sobraba al poeta para ser tan inmortal como lo de Gallípoli. Señor B ¡quién tuviera talento para comprender esos y otros no menos enrevesados jeroglíficos! Menos mal, que en el caso de los italianos se explica su alegría, recordando que han perdido un puñadito de barsaglieri, un montoncito de piezas de artillería, un buen golpe de fuertes y un no mal bocado de territorio.

(El señor A).—Eso no vale nada. El ejército italiano se conserva intacto para el fin de la guerra...

—Sí, sí, recuerdo la lección. Gracias a los hombres cumbres que nos tropezamos en cada esquina y a las inteligencias faros que nos explican lo que no acertamos a comprender, sabemos—aunque yo no lo entiendo—que después de cada paliza la posición de los aliados es más firme, más segura y más envidiable que nunca. Yo, en su lugar, me metería desde luego en el catafalco; al fin y al cabo todos hemos de morir..., unos a palos y otros de risa.

(El señor A).—Es V. cruel, don Subrio; se ensaña V. implacablemente.

—¡Pobre de mí, apenas me llamo Pedro! Me divierto honestamente a costa de los graves doctores que hablan de lo que no entienden y creen tontos a sus conciudadanos. Si desde las alturas en que se colocan pudieran oír los comentarios que producen sus obras maestras, correrían en busca de nodriza que siguiera amamantándoles. ¡Válame Dios, qué cosas se oyen!

(El señor B).—Está V. profundamente engañado. Lo que V. encuentra ridículo, nos parece de perlas a nosotros. ¡Bueno estaría que todos pensaran como usted!

—Me bastaría con que todos *pensaran*. Sostener que los germanos fracasaron en Rusia porque llegó un momento en que se detuvieron; que por la misma causa fracasaron en Francia, en Bélgica, en Serbia, y ahora los austriacos en Italia... ¿Creerán los estrategas en conserva que a los ejércitos se les da cuerda y que el objetivo militar es marchar como el judío errante, echando los bofes y sin detenerse nunca? Por lo demás ¡qué fácil el oficio de profeta! Atacan los germanos, y enseguida los señores que creen que sólo ellos tienen algo dentro de la calavera, cogen la pluma y vaticinan: «El avance no será de larga duración; sobrevendrá un alto, impuesto por la contraofensiva»... y aquí una sarta de disparates.

(El señor A).—Tienen razón que les sobra. Esos avances no llevan a ninguna parte.

—Al mismo punto que los retrocesos de los maestros en estrategia; sólo que el que avanza fracasa y el que marcha como los cangrejos corre henchido de satisfacción, viendo cómo se le acerca la victoria... en forma de puntera de pesada bota. ¡Qué cosa, el talento!

(El señor A).—Pongamos punto. Nadie podrá sacarle de su error, testarudo don Subrio.

—Me preocupa lo que dirá la multitud iletrada, analfabeta, a la que todos los días se le cuenta que los aliados van de victoria en victoria, cuando se acabe la guerra y se entere de quién ha sido el triunfo; como esa multitud *no tiene* talento, temo que entonces agarre una estaca y arme la de Dios es Cristo a costa de sus mentores. Por más, que éstos no son tontos en lo que les conviene personalmente y es muy posible que digan todo lo contrario de lo que han predicado antes. De menos nos hizo Dios.

(El señor A).—Tal inconsecuencia no la presenciara V., ni cabe en la cabeza de nadie.

—Pues, entonces, como los pajarracos de mal agüero, se refugiarán en sus nidos y derramarán la bilis en otra forma. ¡Que les quite nadie lo bailado, o sea aquello que *pro domo sua* se proponían demostrar! No son malos britanos los tales; por algo se llaman talentados, como podrían llamarse zapateros, cuando en realidad son unas buenas hormiguillas.

SUBRIO ESCÁPULA



## UN JUICIO INGLÉS SOBRE LA BATALLA NAVAL DEL SKAGER RAK

El redactor naval de *The Times* juzgó la batalla del Skager Rak en los siguientes términos, demasiado significativos para que necesiten comentarios:

«Ha habido gran desengaño porque la batalla tanto tiempo esperada no ha sido una victoria decisiva. No se la ha librado como la nación creía que iba a serlo, ni ha tenido los resultados esperados. Se contaba con otro Trafalgar y lo sucedido dista mucho de serlo.

A la vez que se reconocía que una victoria resultaría muy costosa en barcos y hombres, y que tendríamos que pagar un buen precio por la decisión,

cuadra británica se arriesgara a una batalla en circunstancias que nos fueran desventajosas. Lo cierto es que el tiempo, el lugar y las condiciones apenas hubieran podido ser más favorables al enemigo.

Comenzando el combate a última hora de la tarde, no había tiempo suficiente para la decisión si los alemanes llevaban la peor parte. El Horn Reef dista unas veinte millas al O. de la punta S. de Jutlandia, y las escuadras de vanguardia se encontraron al N. de ese banco. La situación estaba lo bastante cerca de las aguas alemanas para deparar a una flota maltrecha una buena probabilidad de escapar. La niebla que reinaba reducía el alcance de la visión y obligaba a los barcos a acercarse más que en los primeros combates de la guerra, favoreciendo así a los alemanes. Sus acorazados pudieron emplear el arma-



El general búlgaro Todorov, con su Cuartel General

se declara ahora que las duras pérdidas no han sido compensadas por las correspondientes ganancias. Es necesaria una explicación, no porque se haya perdido la confianza en nuestros marinos, ni en su destreza y valor, sino porque es claro que la empresa no realizó su objetivo: la destrucción de las fuerzas enemigas.

La causa inmediata del encuentro aún no ha sido revelada. Cuando las flotas británica y alemana navegan por el mar del Norte, a pesar de que éste tiene un área de 200,000 millas cuadradas, era evidente que un día u otro habían de encontrarse. Lo esencial era que se encontrasen en el momento más conveniente para nosotros. Es obvio que los alemanes no deseaban trabar un duelo a muerte, y puestos en el caso de combatir, se hubiesen apresurado a rehuir la decisión, y tampoco se podía admitir que la es-

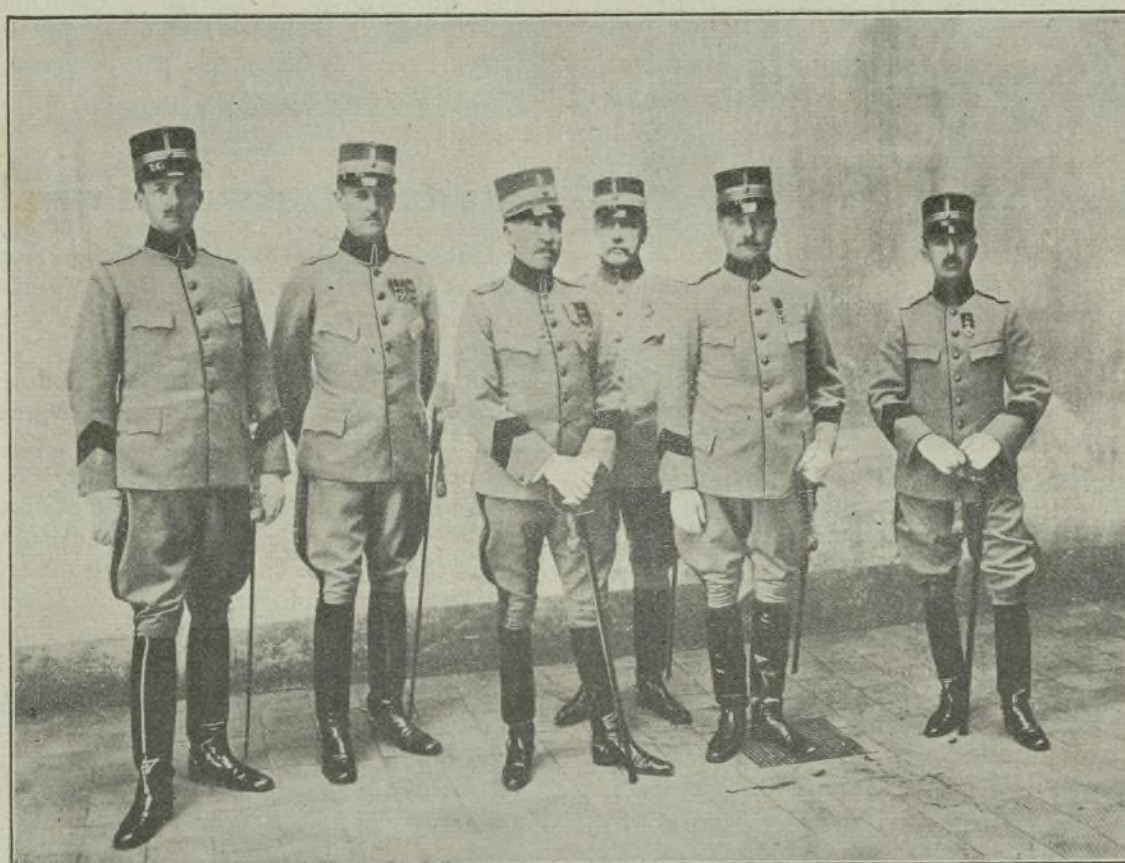
mento auxiliar útilmente, mientras que la precisión del tiro a gran distancia, que tan famosos ha hecho a nuestros cruceros de batalla, requiere mucha visibilidad para su aplicación en la mejor forma. Una vez que la gran rapidez de nuestros barcos los llevó a corta distancia del enemigo, aquella excelente cualidad, a la que se sacrificó el espesor de la coraza, perdió mucho de su importancia. La táctica de los cruceros de batalla en esta acción ha de ser objeto de muchas discusiones profesionales.

Es posible reconstituir la batalla en sus líneas generales, según los partes británico y alemán. La flota alemana de alta mar se hizo a la mar desde el paso del Schillig, detrás de Heligoland, a primera hora de la mañana del 31 de mayo. Todo estaba preparado. La acompañaban una enorme flotilla de torpederos y escuchas aéreos. La flota hizo rumbo al



Norte, a las órdenes del vice-almirante Hipper, y la flota de batalla, con todas sus unidades pesadas y ligeras seguía detrás, mandada por el vice-almirante Scheer. Su objetivo era secreto, pero si consistía en el choque con una parte de nuestra flota, sin sus auxiliares, hay que reconocer que fué conseguido. Arrojar todo el peso de su fuerza sobre una porción de la preponderante flota británica y aplastarla, era una idea que naturalmente debía abrigar el comandante en jefe alemán, y la ventaja que a este efecto le proporcionaban sus vigías aéreos debió de ser considerable. A media tarde, la escuadra del almirante Hipper se puso en contacto con la escuadra del almirante Beatty, en un lugar que parece estar al Oeste de la punta Hantsholm, en la costa O. de Jutlandia, aunque el sitio exacto es incierto.

menos siete cruceros de batalla: el *Hindenburg* y *Lützow*, con cañones de 38; el *Derfflinger* y el ex-*Salamis*, con cañones de 30.5, y el *Seydlitz*, *Moltke* y *von der Tann*, con cañones de 28. Iba también una división de cruceros ligeros y torpederos. Sus escuchas aéreas le avisaron la composición y el número de la escuadra británica que se acercaba. Un observador neutral asegura que cuando sonó el primer cañonazo los germanos viraron y pusieron la proa en dirección de su escuadra principal. Los britanos, añade, se esforzaron en interponerse entre ellos y la costa de Dinamarca, pero mientras ejecutaban esta maniobra fueron atacados por los torpederos enemigos. Esto está en parte confirmado por la relación alemana, que habla de ataques de destroyers por la tarde y anochecer, en los cuales una flotilla atacó



Misión militar sueca, presidida por el general von Munck, en Berlín

La escuadra de Sir David Beatty consistía en ocho cruceros de batalla y cuatro nuevos acorazados del tipo *Queen Elizabeth*, así como algunos cruceros acorazados y ligeros y varios torpederos. Los cuatro acorazados eran el *Valiant*, *Warspite*, *Barham* y *Malaya*, cuyos cañones mayores son de 38 centímetros. Los cruceros de batalla iban en dos divisiones de cuatro barcos: *Lion*, *Tiger*, *Princess Royal* y *Queen Mary*, con cañones de 34 centímetros, y el *Invincible*, *Indefatigable*, *Inflexible* y *New Zealand*, con cañones de 30.5 centímetros. Los cruceros acorazados eran el *Defence*, *Warrior*, *Black Prince* y otros cuatro o cinco de tipos semejantes, cuyos nombres no se han mencionado. El armamento más grueso de estos cruceros acorazados era de 23 y 15.5 centímetros.

Las fuerzas del almirante Hipper consistían en lo

tres veces. Es significativo que el enemigo insistiera en que ha torpedeado a barcos nuestros.

Los veloces dreadnoughts de la flota alemana principal entraron en acción poco tiempo después. Entonces, la flota británica se encontró ante fuerzas superiores y viró al N., retirándose hacia su flota principal, que iba a llegar. En este período fué cuando nuestros barcos padecieron más, por hallarse expuestos al fuego concentrado y a corta distancia de los barcos enemigos, más numerosos. No se ha dicho cuál fué la causa directa de la pérdida de las unidades británicas, pero si tuvieron que soportar el tiro concentrado de los barcos alemanes, más poderosos, la desgracia se explica. En cierto modo, también cabe atribuirla a la impetuosidad y osadía de los barcos británicos en aquellas circunstancias. Los doce dreadnoughts del almirante Beatty debieron



luchar en esta fase contra doble número de dreadnoughts alemanes.

La siguiente fase fué la de la llegada de la flota británica principal, mandada por el almirante en jefe. Eran las siete cuando las poderosas divisiones de dreadnoughts de la flota inglesa de batalla entraron en fuego, pero también pudo ser un poco antes, aunque esta flota tuvo que cubrir una larga distancia para llegar al lugar de la acción. El cuadro cambió entonces, aunque como el almirante alemán tuvo sin duda noticia de la aproximación de Jellicoe, por sus zeppelines, nada le impidió continuar el combate hasta el último momento de su superioridad. Entonces, pensó en su propia conservación y huyó hacia sus aguas antes de recibir considerable castigo de la flota del almirante Sir John Jellicoe. La caza continuó toda la noche, efectuando los destroyers británicos varios ataques contra el enemigo en retirada, y los torpederos alemanes ofendían a su vez para proteger el repliegue de sus escuadras. Apenas separaban cien millas a los alemanes de sus bases seguras, y la proximidad de sus aguas les permitía usar sus torpederos en gran número, superior al nuestro. Es sabido que nuestra flota dispone de pocos barcos de este tipo, a causa de las dificultades en los astilleros, que Mr. Balfour reconoció ciertas en marzo último. La persecución no cesó hasta que los escuchas británicos descubrieron la silueta de Heligoland.

Muchos son los puntos interesantes que hay en esta batalla; pero su plena significación ha de dejarse para más adelante, porque ahora es prematuro. Hasta ahora nunca los dreadnoughts se habían encontrado frente a barcos de su misma clase, y en esta acción algunos barcos de los tipos más recientes lucharon entre sí. En ambas partes tronaron los cañones más pesados montados hasta ahora en las flotas modernas. Los cruceros de batalla y los cruceros acorazados combatieron en la línea contra unidades de primer orden especialmente construidas para la batalla. Los destroyers desempeñaron un importante papel, y se sabe que el almirante Valau von Hofe asegura que los torpederos alemanes se condujeron soberbiamente. Es la primera vez que los submarinos y aviones han participado en una batalla naval. Todos los tipos de barcos se han encontrado frente a frente, y no hay motivo para que nadie se sorprenda ni diga que ha ocurrido algo imprevisto. No es extraño que ambos combatientes clamen que han obtenido la victoria, los alemanes porque no han sido derrotados decisivamente en su primer grande encuentro con la flota más formidable del mundo, y los británicos porque impidieron el objetivo enemigo y le forzaron a huir. El efecto del combate puede servir para que revivan las esperanzas alemanas, pero no las abrigará quien vea con claridad la situación. Nuestra gran flota está esencialmente intacta. Nada puede alterar la significación de este hecho. Hasta que la escuadra del almirante Jellicoe sea derrotada, todas las ventajas parciales por encuentros aislados no serán capaces de alterar la guerra a favor de Alemania.

Por una combinación de astucia y destreza y atrevimiento, los alemanes han conseguido que sus conciudadanos crean que han obtenido una victoria. Pero ellos no olvidarán que la pérdida del bravo Cradock (en Coronel) fué seguida por la aplastante victoria de las islas Malvinas. Si los alemanes tienen

la temeridad de repetir sus tácticas, tendremos que esperar confiadamente que nuestros marinos, inquebrantables en espíritu y moral corresponderán debidamente a lo que aconteció el 31 de mayo.

Tenemos que deplorar la pérdida de muchas valiosas vidas a causa del hundimiento de nuestros barcos. Una vez más estas pérdidas son inseparables de la destrucción de los modernos barcos de guerra. Los barcos pueden ser reemplazados y lo serán; lo que lloramos es la vida de los valerosos e intrépidos hombres. Entre ellos figuran por desgracia muchos espléndidos marinos, incluyendo dos brillantes almirantes y otros muchos cuyas carreras daban lugar a grandes esperanzas. Seguramente nuestros pensamientos serán para los bravos camaradas que perecieron bravamente desafiando el peligro. Nadie dudará entre nosotros que aquellas víctimas fueron dignas hasta su último momento de las espléndidas tradiciones de la Marina inglesa, las cuales tan a menudo y tan valiosamente han sido sustentadas por los marinos británicos en la presente guerra».

### LO QUE ES LA BATALLA DE VERDUN

El senador francés Monsieur Charles Humbert ha publicado en el *Journal* el siguiente significativo artículo, que demuestra cómo la verdad se va abriendo paso en la nación vecina:

«Más de cien días han transcurrido desde el comienzo del feroz empuje alemán contra Verdun, y la batalla continúa.

»A pesar de la mediocridad del éxito que han obtenido hasta el presente, los alemanes se obstinan. Con una monótona regularidad, golpean nuestras líneas con sus repetidos choques de ariete, cubriendo primero nuestras trincheras con un diluvio de proyectiles de gran calibre, lanzando después su infantería sobre una defensa muy quebrantada por este bombardeo preliminar, y cortada de sus comunicaciones, en el momento del ataque, por el tiro de *barrage* (separación) de la artillería más atrás.

»Este martilleo metódico e incansable de nuestras líneas ¿no es más que la tentativa indefinidamente abortada de apoderarse de una fortaleza y romper nuestro frente? ¿No es, al contrario, un procedimiento que basta por sí mismo y cuyo único objetivo es de desgaste y de destrucción?

»Esta hipótesis, lejos de ser inverosímil, está corroborada por numerosas razones, si se la considera bien.

»Toda la ventaja de Alemania, toda su potencia militar se resumen en su material y sobre todo en su artillería pesada. Pero, por enorme que sea su producción de cañones y granadas, no dispone de bastantes piezas y de proyectiles de grueso calibre para efectuar el bombardeo continuo e intensivo en toda la longitud de los frentes.

»Permanece, pues, a la defensiva casi en todas partes, y se limita a aplicar su formidable maquinaria en un sector juiciosamente elegido.

»Ha escogido Verdun por razones de que ya he hablado. Entre ellas, las unas, ligadas al efecto de sorpresa que esperaba obtener y a la dificultad de la retirada que habría podido transformar un descalabro de nuestras tropas en un desastre, pueden hoy ser



dejadas a un lado. Pero las otras subsisten: las facilidades que encuentra el asaltante en la disposición de sus vías férreas y la proximidad del arsenal de Metz.

»Ningún motivo, por consiguiente, le aconseja a llevar el esfuerzo a otra parte en lugar de perseverar en el mismo punto.

»En el frente francés, por otra parte, muy lejos de las líneas inglesas, es donde nuestros enemigos aplican la ventosa de su artillería pesada.

»El interés de los aliados estriba en que cooperen en una misma labor sus enormes masas de hombres. El de Alemania es que la guerra degenera en un combate singular entre el ejército alemán y el ejército francés, que es a la vez el más temible actualmente y aquel cuyas reservas frescas son menos numerosas.

»He aquí por qué no termina la batalla de Verdun. Prolongándola, nuestros enemigos retienen la iniciativa de las operaciones, que en todos los tiempos les ha sido tan preciosa; se sirven a su gusto de su más poderoso instrumento de lucha; y alimentan obstinadamente la esperanza de triturar como en un molino infernal los refuerzos que les opone un adversario temido entre todos.

»Se desgastan más que nosotros, dirán algunos. Es posible, y quiero creerlo. Pero ¿hasta qué punto? Es difícil evaluar las pérdidas del adversario cuando no se ocupa el campo de batalla en donde han caído sus tropas. Nuestros enemigos cometen tal vez un error de juicio, aunque hasta ahora no nos han dado todavía el espectáculo de la imprevisión. Y aunque se engañaran en sus cálculos, el método brutal que emplean es el que les ofrece más probabilidades de éxito.

»No hablemos, pues, de estúpida terquedad, cuando, muy probablemente, no hay más que minucioso cálculo.

»Deplorables hábitos de espíritu, el aferrarnos a las viejas teorías militares, que todos los hechos han negado, nos impiden todavía el ver y emprender las verdaderas realidades de la guerra.

»No llegamos a comprender que esta prolongada inmovilidad de los ejércitos, enfrente el uno del otro, en atrincheramientos que barrean todo el espacio disponible desde el mar a las montañas, ya no es un accidente, un fenómeno más o menos anormal, destinado a concluir algún día para dejar sitio a la vieja guerra, la verdadera, de movimientos, la que enseñaban los profesores de táctica napoleónica.

»No, esta paralización, estos bombardeos intermitentes, este largo martilleo mecánico de vidas humanas, esto es la guerra, la guerra de hoy, la guerra que se nos hace y la que debíamos de hacer nosotros.

»Penetrémonos con fuerza de esta verdad y, en lugar de soñar con grandes combinaciones estratégicas o tácticas, fabriquemos febrilmente, nosotros también, esas barrederas, esas máquinas para moler las reservas alemanas, que son la artillería gruesa.

»Pongamos en esta obra todas nuestras energías nacionales.

»Y puesto que es necesario, esperando días mejores, fabricar y fabricar siempre, tratemos de reducir al mínimo los sacrificios que la batalla interminable impone a nuestras heroicas tropas, haciendo uso en la mayor escala posible del concurso que pueden ofrecernos nuestros aliados.

»Las inmensas reservas de hombres de que ellos disponen deben disipar la esperanza alemana de ejecutar con éxito la guerra de desgaste, activa, el desgaste por la artillería. Pero estas reservas son menester en el punto donde se lucha, hasta que ellas puedan tomar la iniciativa y debilitar a su vez, con la ayuda de un material abundante y perfeccionado, la línea de resistencia alemana.

»Hoy, más que nunca, tengo que repetirlo: para alcanzar la victoria, pronta y decisiva, nos basta querer, basta poner en obra y combinar metódicamente los recursos formidables de los aliados.

»Nuestros magníficos soldados son la admiración del universo por su resistencia, que sobrepuja los más altos hechos militares del pasado. Sepamos aprovecharnos del respiro que a todos asegura su valentía; sepamos conseguir, trabajando, que el tiempo que ellos nos dan trabaje por nosotros.»

## CÓMO SE HUNDIÓ EL «QUEEN MARY»

Un corresponsal inglés en Edinburgo, después de hablar con los sobrevivientes de la batalla naval, describe así cómo se fué a pique el *Queen Mary*:

»El enemigo abrió el fuego sobre los barcos de cabeza, y una andanada de los cañones alemanes, casi la primera que dispararon, dió en el *Queen Mary* y al cabo de seis minutos de empezado el combate una tremenda explosión destrozó al gran barco y lo sumergió bajo las olas. Lo que me han dicho nuestros artilleros es que el tiro de los alemanes fué extraordinariamente certero y que uno de sus primeros proyectiles dió en la santabárbara. Diez minutos después, el *Indefatigable* corría la misma suerte, porque el fuego concentrado de la artillería pesada que lo batía lo hizo pedazos.

»Estas pérdidas fueron el precio de una atrevida maniobra que el almirante Beatty ejecutó con la mayor destreza. Cuando su escuadra, que venía del Este, encontró a la alemana, esta última se dirigía al N. O. y trató de envolver a la flota británica. Poniendo el rumbo al S. y girando al N. O., el almirante Sir David Beatty frustró el esfuerzo y trocó la batalla en un encuentro de líneas casi paralelas, siendo su propósito atraer al enemigo a donde estaba la flota principal».



## LA CAMPANA NAVAL

## Buques de guerra

## INGLATERRA

N.º	Nombre del buque	Clasificación	Tonels	Fecha	Sitio	Modo	Observaciones
35	N.º 7	Cañonero drag. minas	>	11 Marzo 15	Dardanelos	Cañón	
36	N.º 8	—	>	—	—	—	
37	N.º 9	—	>	—	—	—	
38	Irresistible	Acorazado	15.250	18 Marzo 15	—	—	
39	Ocean	—	13.000	—	—	—	
40	Amethyst	Crucero	3.000	17 —	—	—	F. de C.
41	Exmouth	Acorazado	14.000	—	—	—	—
42	Cornwallis	—	14.000	18 —	—	—	—
43	Inflexible	—	17.000	—	—	—	—
44	Undaunted	Crucero	3.560	31 —	Costa inglesa	Choque	
45	Ayax	Acorazado	15.250	26 —	M. Irlanda	Torpedo	U. 29
46	Nelson	Acorazado	19.000	15 Abril 15	Dardanelos	Cañón	(Resultas del com- bate 18 marzo
47	Manitón	Transporte guerra	>	18 —	Egeo	Torpedo	Francés ?
48	N.º 15	Submarino	800	—	Dardanelos	Varadura	Dest. por los ingl.
49	Darmouth	Crucero	5.080	19 —	—	Torpedo	
50	Drad	Destroyer	1.080	21 —	Dardanelos	Cañón	F. de C.
51	London	Acorazado	12000?	—	—	—	—
52	Niger	Cañonero	820	11 Nvbre. 14	Canal	Torpedo	
53	N.º 11	Submarino	800	24 Abril 15	—	—	Parte ofic. alemán
54	N.º 10	Torpedero	1.000	27 —	Dardanelos	Cañón	
55	Rocruit	Contratorpedero	1.000	2 Mayo 15	Costa holandesa	Torpedo	
56	N.º 2	Submarino	>	25 Abril 15	Dardanelos	Cañón	Apresada tripul.
57	N.º 11	Torpedero	1.000	6 —	—	—	Parte oficial turco
58	N.º 12	—	—	—	—	—	—
59	>	Transporte guerra	>	—	—	—	—
60	>	—	>	—	—	—	—
61	Maori	Destroyer	1.000	7 —	Zeebrugge	Cañón	
62	Superb	Acorazado	20.400	—	Mar del Norte	—	? Combate entre
63	Warrior (Tipo)	—	13.750	—	—	—	? la escuadra ingl.
64	Dion	—	>	—	—	—	?
65	Goliath	—	13.150	13 Mayo 15	Dardanelos	Torpedo	(Del Monevenet mille ant. Tp.º S. 167. A.
66	Triumph	—	11.800	26 —	—	—	
67	Majestic	—	15.150	27 —	—	—	
68	Princess Irene	Crucero auxiliar	6.000	—	Sherness	Explosión	
69	Agamemnon	Acorazado	16.750	—	Dardanelos	Cañón	F. de C.
70	>	Crucero	12.000	6 —	M. Egeo	Submarino	
71	>	—	—	—	—	—	
72	>	—	>	9 Junio 15	S. J. de Medua	—	
73	N.º 10 *	Torpedero	1.000	—	Mar del Norte	—	
74	N.º 12 *	—	—	—	—	—	
75	Thunderer	Superdreadnought	23.500	>	—	Torpedo	N. de Alem. no des.
76	Tiger (Tipo)	—	29.000	>	—	—	—
77	Osman	—	36.000	>	—	—	—
78	Queen Mary	—	27.450	>	—	—	—
79	Roxburg	Crucero	>	20 Junio 15	—	—	F. de C.
80	Patrol	—	3.000	28 —	—	—	
81	Lichtning	Contratorpedero	>	2 Julio —	Costa Este	—	F. de C.
82	Venerable	Acorazado	15.250	>	Dardanelos	Cañón	F. de C.
83	Centurion	—	—	>	—	—	F. de C.
84	Australia	—	19.000	>	—	—	
85	Vengeance	—	13.000	>	—	—	F. de C.
86	Albion	—	13.000	>	—	—	F. de C.
87	Minotaur	—	14.800	>	—	—	F. de C.
88	Hampshire	—	11.000	>	—	—	F. de C.
89	Arethusa *	Crucero	5.300	>	—	—	
90	Gloucester	—	4.900	>	—	—	
91	Fearless	—	3.400	>	—	—	
92	Glasgow	—	4.900	>	—	—	
93	Venus	—	5.700	>	Mar del Norte	Torpedo	
94	Encounter	—	6.000	>	—	—	
95	Halcyon	—	1.080	>	—	—	
96	Columbia	Cañonero	1.000	>	—	—	
97	Hussar	—	1.090	>	—	—	
98	Spreads	Minador	3.600	>	—	—	
99	Thetis	—	—	>	—	—	
100	Night	—	—	>	—	—	
101	Aynx	Contratorpedero	1.000	9 Agosto 15	Mar del Norte	Mina	
102	Ransay	Crucero	3.000?	12 —	—	Cañón	
103	India	Crucero auxiliar	>	13 —	—	Submarino	
104	Royal Edward	Transporte	15.000	1 —	Dardanelos	— con 3000 h.	
105	>	Crucero	>	18 —	Jutlandia	Cañón	
106	N.º >	Torpedero	1.000	18 —	—	—	
107	E. 13	Submarino	800?	20 —	Báltico	Nauf. y cañ.	
108	E. 17	—	—	2 Sepbre. 15	Mármara	Cañón	
109	Sawland	Transporte guerra	>	3 —	Egeo	Submarino	
110	Hebrides	Crucero	3.000?	7 —	Mar del Norte	—	
111	E. 7	Submarino	—	16 Sepbre. 15	Dardanelos	(Cañ. Apres.)	

(Continuará)



## CRÓNICA MILITAR

I. El espíritu.—II. Verdun y la crisis de la guerra.—III. Alcance de la victoria rusa.—IV. Las operaciones en Rusia.—V. La situación el 20 de junio

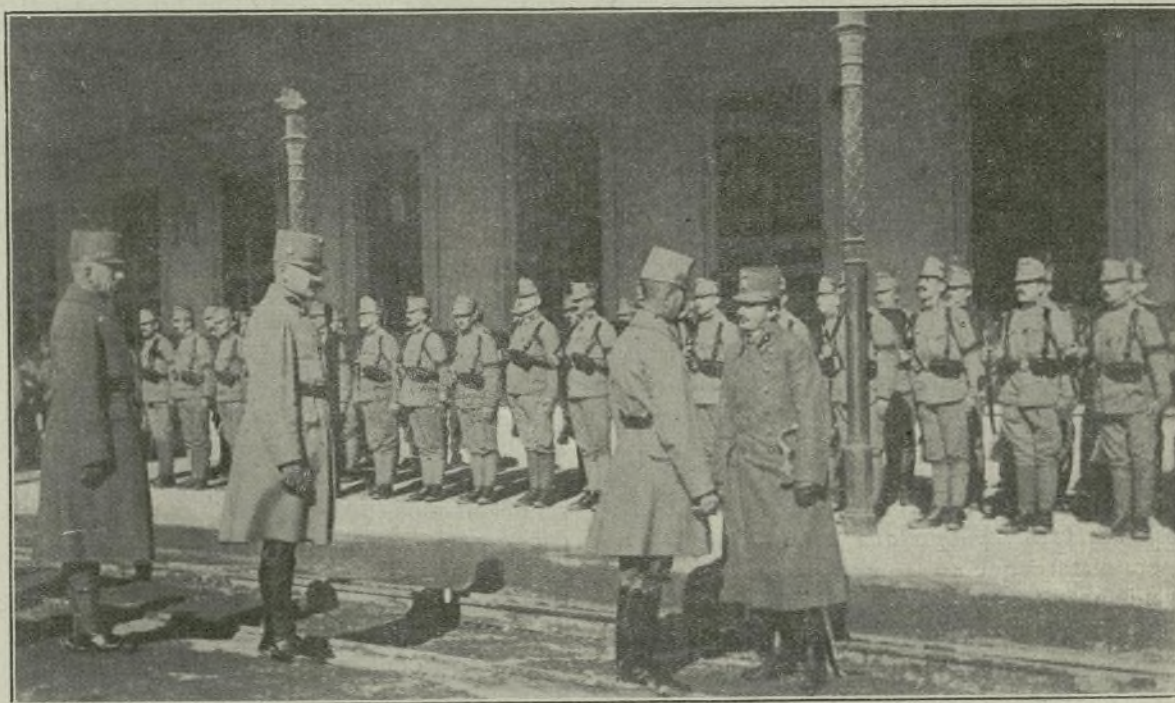
### I.—El espíritu

Al cabo de muchas centurias de guerras, poco menos que incesantes, contemplamos con asombro, en pleno siglo xx, cómo más de media Europa no reconoce otro fundamento de victoria que la superioridad material, en hombres y medios. Los hechos están negando a diario esa aserción que, de ser cierta, rebajaría el nivel de la humanidad en la escala zoológica. Por fortuna para los pueblos, lo mismo grandes que chicos, las cosas son como son y no como algunos quieren que sean.

¡Sí! La victoria es siempre patrimonio del más fuerte; pero la fortaleza no ha de entenderse en su

son más que manifestaciones de una causa más honda, que se traduce en una sola palabra: el espíritu.

El espíritu ha movido a los austro-alemanes, fundiendo todas las voluntades en una, allanando los obstáculos materiales, relegando la materia a segundo lugar, haciendo desaparecer de los teatros de la guerra la voz imposible. Ese espíritu ha permitido a los generales planear las maniobras y llevarlas a cabo sin vacilaciones ni temor; ha movido al soldado a la renuncia de su vida; ha encerrado a los hombres de ciencia en sus gabinetes y laboratorios, para contribuir a la salvación de la patria; ha hecho surgir el dinero de los escondrijos más recónditos; ha acallado el clamor de las madres y de las esposas, y las ha for-



El archiduque heredero Francisco José, visitando el ejército del general Boehm Ermolli

acepción más grosera y corpórea, sino en aquellas facultades por las cuales el hombre es un destello, siquiera sea pálido, de la divinidad.

La artillería pesada de los imperiales es un instrumento de victoria, como lo es la mayor fuerza numérica en los aliados; la unidad de acción de aquellos les favorece, como beneficia a éstos el combatir en su propio territorio y defender sus propios hogares; a la perfecta preparación de los primeros, responden los segundos con una amplitud de medios y recursos infinitamente mayor, como que abarca a casi todo el mundo; y el talento, la bravura, la energía, no están vinculadas en ninguna nación, ni son simples consecuencias de la latitud o de la raza. Grandiosos han sido los planes de los austro-alemanes y asombrosa su ejecución; pero no es incapaz el bando contrario.

Planes, objetivos, elementos de guerra, instrucción..., argumentos que se alegan para justificar la victoria, hasta ahora, de los Imperios centrales, no

talecido para sobrellevar sus penas y privaciones y animar a los deudos que combaten y mueren. Ese espíritu es la fuerza que mueve las montañas; la que acomete empresas que parecían irrealizables si no hubiesen entrado en la categoría de lo palpable; la que arroja a su paso cuantos obstáculos se le oponen.

Gracias a ese espíritu, los submarinos alemanes ejecutan proezas no igualadas por los otros; una marina novel se bate con la más reputada y formidable y no lleva la peor parte; magiares, tcheques, rutenos, polacos, austriacos, tirolese, bávaros, sajones, wurtembergese, prusianos..., una gran variedad de pueblos, se conducen en los campos de batalla y en los movimientos preparatorios con unanimidad sorprendente, porque hay algo que borra sus diferencias y los eleva sobre las desigualdades de la cuna.

Barájense en buena hora cifras de millones de hombres y millares de cañones y sumas de dinero fabulosas y todo el cuadro de los tópicos que hace dos años nos atosigan y aturden; pero la fuerza bruta



nada podrá contra la fuerza espiritual: verdad que no debiera ser recordada en estos tiempos, cuando ya la humanidad es vieja. Quiébrese el espíritu de los imperiales, y su vencimiento será inmediato; antes, no.

El espíritu de los Imperios centrales se ha concentrado en la voluntad de vencer. Por ella, si los ejércitos han derrotado a los del adversario, la marina se ha elevado a cumbres que parecía le estaban vedadas; la omnipotencia económica de los aliados no ha podido derrotar a la más limitada de los imperiales; la industria del centro de Europa prevalece sobre la de la periferia; la rectitud, la ecuanimidad, el respeto al enemigo, no han huído de Austria y Alemania, a pesar de la dura prueba a que se ven sometidas ambas naciones; la ciencia alemana brilla con más intensidad que nunca; las energías de los pueblos se acrecientan, en vez de decaer; ha podido restablecerse la normalidad en el interior, solamente posible por la ciega confianza en la victoria; se han limpiado las costumbres, marchándose hacia la austeridad; la guerra ha perdido el carácter brusco e imprevisto y se desenvuelve como si estuviera regida por algo superior a los hombres.

La voluntad de vencer, como el espíritu, palpita también en las naciones aliadas, pero no ha llegado a constituir el supremo y casi único afán de los pueblos respectivos; las conciencias nacionales no han conseguido substraerse a otro linaje de intereses y conveniencias, y por consiguiente no se ha obtenido la unidad espiritual.

¿Cómo y por qué camino han podido los Imperios centrales llegar a ese espléndido resultado, que será el asombro de la historia? Los psicólogos y políticos podrán decirlo más adelante, cuando se hayan sosegado las pasiones. Pero el caso nos recuerda a los españoles, más que a la España, del siglo xvi, y nos hace creer, puesto que hemos poseído una primera materia que no se pierde fácilmente, que el porvenir nos reserva mejores destinos, si nos acostumbremos a tener fe en nosotros mismos y miramos con desconfianza el espejuelo de lo exótico. Pongamos cada uno de nuestra parte cuanto podamos dar y esté en nuestra mano, sin esperar todo de la acción ajena; abriguemos un sano y honrado optimismo; no nos dejemos adormecer por la funesta creencia de que el esfuerzo individual es estéril, si el medio no le acompaña; que para el cumplimiento del deber, y éste es el más patriótico, cualquier retardo es un crimen, y el ejemplo lo tenemos a la vista y está invitándonos a seguirlo. Nuestro pretendido retraso en ciertos aspectos de la llamada cultura nos favorece; la ocasión es propicia; palpiten los corazones, tomemos de la lección cuanto de útil contiene, y hagamos algo más, mucho más, que envidiar y loar como se merece el bien ajeno. Lo será también nuestro si queremos, si cada uno de nosotros pone en la obra su buena voluntad.

## II.—Verdun y la crisis de la guerra

La situación de los franceses en Verdun se va poniendo crítica, y Verdun es, desde marzo, el eje alrededor del cual gira toda la guerra. Pueril sería creer que los alemanes no son capaces de otros esfuerzos que los que ejecutan; si creyeran que la guerra iba a terminar al día siguiente de la conquista

de la fortaleza, Verdun no resistiría una semana. Pero no es la toma de la plaza lo que ha de verse en las operaciones contra Verdun, sino la destrucción de la masa principal del ejército francés. Si éste quedara en estado de continuar la campaña, la caída de Verdun no sería más que un episodio, más o menos importante, de la guerra, mientras que lo que se persigue es el *desgaste* del ejército francés, aquel *desgaste* preconizado por el general Joffre, pero que son sus adversarios quienes mejor lo han sabido aplicar.

La artillería alemana continúa batiendo a las tropas francesas. Cada nuevo avance del sitiador reduce el lugar en que se agrupan las reservas francesas, y las bajas y la desmoralización crecen; un golpe rápido, de vez en cuando, hace más palpable y evidente al sitiado lo triste de su situación. Ese martilleo continuará en tanto no decaigan las energías y el espíritu del defensor; cuando ambas facultades estén a punto de agotarse—lo cual se conocerá en los ataques a viva fuerza,—hay que admitir que el último empuje sea formidable, para que Francia pierda, al mismo tiempo, la renombrada fortaleza y el nervio de sus ejércitos. Esperando que llegue este momento, los alemanes reservan sus tropas, economizándolas para cuando suene la hora decisiva. Queda dicho en otra *Crónica* que la irreflexión de los franceses, más que la previsión alemana, ha sido la causa de que el cuadro de Verdun se haya engrandecido tanto, que a su lado pierdan interés las operaciones en los demás teatros.

No porque se hayan invertido tres meses y medio en la toma de los fuertes de Douaumont y Vaux y en la conquista de la primera línea al O. del Mosa, ha de creerse que se necesitará el mismo tiempo para obtener nuevos éxitos de igual alcance. La moral del sitiado se sostiene hasta un cierto punto: llegada a éste, desciende rápidamente, como si se hundiera en un abismo, y el desenlace sobreviene con rapidez desconcertante. De modo que, si los franceses no encuentran la manera de poner término al estado de cosas que se ha creado en Verdun, el último período del sitio será de duración muy breve, y en él intervendrá la infantería como en la guerra de movimiento; probable es que entonces la batalla se generalice, y tal podría ser su resultado que los acontecimientos se precipitaran vertiginosamente.

Este es el problema capital. La situación en Rusia admite espera; cualquier interrupción en el frente de Verdun podría comprometer los éxitos obtenidos. Para los alemanes, existe siempre el peligro inglés, y se procura descartarlo con esas ofensivas parciales que aseguran la posesión de la iniciativa en el atacante. Pero Inglaterra se da perfecta cuenta de la gravedad de la situación en que se encuentran los franceses, y de aquí que deba admitirse la posibilidad de un ataque de las líneas alemanas en Artois y Flandes; si el ejército británico no coopera de un modo más activo, será difícil evitar la derrota de los franceses, y en tal caso, las circunstancias se tornarían también altamente desfavorables para los ingleses. La crisis podrá tardar en llegar, pero fatalmente ha de tener lugar.

## III.—Alcance de la victoria rusa

Los dos polos que sostienen el eje a cuyo alrede-





dor gira la guerra son Alemania y Francia. Mientras Rusia no venza a Alemania su victoria será imposible; en tanto Alemania no derrote a Francia no ha de pensar en un triunfo completo. Los demás beligerantes figuran en lugar secundario en lo que al teatro terrestre atañe. Así como Alemania tuvo que empezar por destrozar a Rusia—rectificando su primitivo plan de operaciones—para lanzarse enseguida contra Francia, de la misma manera procura Rusia desembarazarse de Austria antes de caer sobre Alemania, pero las fuerzas y medios que gaste en este objetivo auxiliar, las podrá emplear de menos en la lucha principal.

Así, Rusia no observa el principio de la concentración de esfuerzos. La ofensiva de Kuropatkin en el Duina, en marzo, debió de aplazarse para simultanearla con la de Brusilov, en junio; suponiendo que fracasara aquella y ésta tuviera éxito, la situación se hubiera hecho más crítica para los imperiales, y acaso repercutiera en el frente de Verdun.

Aprovechando el envío de refuerzos austriacos al Trentino para comenzar el ataque en Volinia y Galizia, demuestra Rusia que, en vez de supeditar su acción a las conveniencias de la causa común, antepone sus particulares intereses a los generales de la alianza; porque Verdun es el punto capital de los aliados mientras que el teatro italiano apenas tiene trascendencia en los demás frentes. La acumulación de hombres y elementos de guerra en el Styr y Strypa y no en el N., revela la poca confianza que tiene Rusia en derrotar a los alemanes; la experiencia podría haberle enseñado que sus victorias sobre los austriacos han sido efímeras, porque más pronto o más tarde ha sumado Alemania sus fuerzas a las de la doble monarquía. Menos de temer que los austriacos son los turcos, y se está ya viendo cuán rápidamente se agota la capacidad ofensiva de los rusos en Armenia. Al parecer, Rusia impotente para un desquite efectivo, trata de mejorar su situación a costa de los adversarios menos temibles, con lo cual consigue por lo menos, que no acabe de desalentarse el pueblo. Lo que no se sabe es si esta ventaja y la más palpable de la reconquista de una porción de territorio, son dignas de los sacrificios hechos en hombres y recursos; la incógnita no se despejará hasta que los alemanes entren de nuevo en línea resueltamente contra los rusos. Así como las victorias de los austriacos en el Trentino no despertaron los entusiasmos germanos, porque no está en Italia el camino de la paz, tampoco los triunfos de Brusilov en Volinia desvanecen las preocupaciones de los aliados, para quienes es de importancia muy relativa lo que acontezca en los frentes del E. y S.

Teniendo esto en cuenta, si las cifras de prisioneros son exageradas y los austriacos, más que ser víctimas de una derrota declarada, han replegado sus líneas al O. al convencerse de la imposibilidad de resistir los ataques, el éxito ruso no pasa de ser uno de tantos episodios de la guerra, sin influencia en la marcha general de la campaña. No tardará en saberse la importancia que le atribuyen los mismos rusos, porque si creen que su victoria ha sido efectiva, tratarán de explotarla inmediatamente más al Norte y obligarán a los alemanes a empeñarse en batalla. A este respecto, el interés principal reside en Kolki, sector en el que se apoya la derecha alemana

y de donde podría partir la reacción de los germanos, o cuya conquista se impone si los rusos quieren asegurar las ventajas obtenidas, poniéndolas al abrigo de una amenaza siempre inminente. Por ahora, la victoria rusa tiene un alcance muy limitado, lo cual no quiere decir que más adelante no se amplíe, aunque ello no parece probable.

#### IV.--Las operaciones en Rusia

En la última semana, la ofensiva rusa en el Sur ha continuado con menos violencia. En Volinia, la intervención de un ejército alemán la ha contenido y aun la ha rechazado, con pérdida de más de 6,000 prisioneros para los rusos, en la parte N. del frente, o sea la inmediata a las marismas y pantanos de Rokitno, hacia Kolki; al O. de Luzk han avanzado un poco más los rusos, aunque muy lentamente; en el centro de la línea atacada, donde se encuentra el ejército austro-alemán del conde Bothmer, todos los ataques rusos han sido infructuosos y el defensor conserva en conjunto sus posiciones primitivas, ligeramente modificadas por la necesidad de atender al peligro que supone el retroceso de los austriacos en los dos flancos. En el frente del Strypa también han ganado terreno los rusos; y el esfuerzo principal se ha ejecutado en el extremo S. o sea en la Bukovina, habiendo evacuado los austriacos la capital, Czernovitz, que ha caído en poder del ofensor.

De un modo general, puede decirse que la ofensiva rusa ha quedado rota y ha perdido su carácter de energía y su impulso arrollador. Ello se debe, en partes iguales, a la necesidad de reorganizar las tropas atacantes, quebrantadas por quince días de combate incesante, atender a los abastecimientos y a los transportes de material, y coordinar la acción en el nuevo frente conquistado; y a la intervención en la batalla del ejército alemán del general Linsingen.

Por lo que se va sabiendo se deduce que en el sector del Styr y en el del Strypa y Dniester, donde han tenido lugar los mayores avances rusos, los austriacos emprendieron la retirada apenas se dieron cuenta de la inmensa superioridad del enemigo, cubriendo el repliegue con una cortina de débiles fuerzas, que son las que han padecido mayores pérdidas. Como consecuencia de este retroceso, el atacante después de vencer los primeros obstáculos en Volinia se encontraba en campo libre, no disputado, y quedaba sin efecto su impulso de choque; lo que convenía entonces era la maniobra, pero esta maniobra no se ejecutó, porque ni los rusos estaban preparados para ella, ni conocían bien cuáles eran las nuevas disposiciones del enemigo. Esta ha sido la causa de que después de la evacuación de Dubno y Luzk el general Brusilov haya perdido un tiempo precioso, para marchar sobre Kovel y amenazar Lemberg, dilación que le será muy difícil compensar, porque ya el defensor está prevenido.

Lo mismo que en el Duina los alemanes rechazaron los ataques de las tropas de Kuropatkin, en Volinia han repelido las acometidas de los soldados de Brusilov; los austriacos, menos afortunados, han sido los vencidos, lo cual corrobora la extraordinaria importancia que el espíritu y la moral del ejército tiene en la guerra; si las unidades austro-húngaras de Volinia y Galizia hubieran tenido un fuerte núcleo de cuerpos de primera línea, es probable que a



pesar de la enorme superioridad numérica de los moskovitas éstos fueran derrotados lo mismo que otras veces; pero las tropas dejadas en el frente ruso pertenecían a las últimas reservas y al ejército territorial, y de tales elementos no cabe esperar el mismo esfuerzo que de las tropas más jóvenes.

En cuanto a la ofensiva rusa, aunque todavía no ha terminado, puede establecerse que aquel ejército es temible por el efecto de choque, de la masa, que le ha permitido en esta ocasión obtener resultados tácticos, limitados y concretos contra uno o muchos puntos del frente; para la victoria útil se requiere empero, algo más que el romper una línea o ganar terreno, y hasta ahora no se ha visto que el ejército moskovita esté capacitado para hacer más que lo que ha hecho, esto es, para combatir al enemigo que tenía directamente enfrente, sin otro propósito que desalojarle de sus posiciones.

Los alemanes no han modificado apenas su línea del Pripet, a pesar de que el avance ruso en Volinia les amenaza su flanco derecho, y ello indica que el mando alemán no cree que su ejército se encuentre en una situación peligrosa, lo cual equivale a decir que los imperiales no conceden al éxito ruso la extraordinaria importancia que se le atribuye en el Oeste. Pronto ha de verse si se equivocan o no, porque antes de una semana puede estar Brusilov en condiciones de substituir los ataques furiosos de los primeros días por una maniobra estratégica, a que se presta la penetración en el sector de Luzk. A mi juicio, la derrota austriaca no es realmente una ruptura del frente, por lo que sus consecuencias no es probable que lleguen a modificar la situación de conjunto en el teatro ruso.

#### V.—La situación el 20 de junio

En Armenia y en Mesopotamia contraatacan los turcos, siendo particularmente enérgica la presión cerca de Trebisonda y al S. de Erzerum, pero la situación de conjunto no se ha modificado. En el S. de Persia el avance de los ingleses se ha acentuado, lo cual ha de considerarse como medida preventiva contra la marcha de los rusos, que rebasando su zona de influencia se movían hacia el S. acercándose a la zona británica; ambas potencias toman posiciones, las que creen más convenientes para sus respectivos intereses, para el día en que termine la guerra.

Aumenta la actividad en Macedonia, señalándose movimientos de tropas búlgaras en el valle del Struma, en el sector al N. de Salónica y en Monastir, hacia Florida, sin que haya tenido lugar ningún combate de importancia. La presión de Francia e Inglaterra va en aumento; el pequeño reino ha decretado la desmovilización, pero se le ha sometido a un estrecho bloqueo y podrían ocurrir hechos interesantes

si no se suavizan las medidas aplicadas contra Grecia.

Contraatacan los italianos a los austro-húngaros en el S. del Tirol, sin éxito hasta ahora, pero tampoco han avanzado los segundos. Si la ofensiva austriaca continúa, es posible que se ejerza en alguna dirección diferente de la de Vicenza. En el resto del frente italiano no ha ocurrido novedad, siendo únicamente digna de mencionarse la actividad desplegada por los aviones austriacos en los llanos del Véneto.

En Flandes los ingleses han recuperado casi todas las trincheras que perdieron al S. E. de Ipres. Aparte de este combate, la lucha queda reducida a cañoneos más o menos violentos.

Tampoco se ha interrumpido la relativa calma que reina en el frente de Verdun desde que los alemanes se apoderaron del fuerte de Vaux.

En el frente ruso, la ofensiva moskovita está contenida en Volinia, donde contraatacan los alemanes en la dirección de Kovel a Luzk, habiéndose apoderado de algunos miles de prisioneros y algún material de guerra. En cambio el centro de la línea austro-alemana ha cedido algo, lo que ha permitido a los rusos acercarse a la frontera de Galizia. La lucha más intensa ha sido en la Bukovina; después de la evacuación de Czernovitz, los rusos han cruzado el Pruth en varios puntos y siguen el movimiento; se ignora si los austriacos se repliegan hacia los pasos de los Cárpatos o si han conservado el enlace con las tropas que se mantienen todavía en la línea del Dniester.

Como se ve, la situación está en un momento de crisis; todos los ejércitos se preparan para las operaciones de este verano, que probablemente marcarán el fin de la guerra. La clave de ésta se encuentra en Verdun; cuanto más aparente sea la calma, tanto más intensa y decisiva habrá de ser la fase activa. Parece fuera de duda que los ingleses se preparan a ejecutar una fuerte ofensiva y es también probable que los franceses, haciendo un supremo esfuerzo, intenten un ataque en algún punto de su línea. Como los alemanes deben conocer estos planes de sus enemigos, se previenen a su vez para frustrar tales propósitos y coronar sus éxitos iniciales en Verdun. El teatro occidental, según todos los indicios, es el que va a ocupar la atención en los meses que se avecinan, y de allí ha de venir la decisión que despeje por completo la incógnita. Comparado con el occidental, los demás teatros, incluso el oriental, son de importancia secundaria, sin perjuicio de que una vez resuelta la guerra en el O., se ejecuten operaciones militares, enérgicas, pero rápidas y breves, en Rusia y en la frontera austro-italiana.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

21 de junio de 1916.